

Capítulo 1

El parque estaba desierto a esas horas de la mañana. David caminaba lentamente, levantando a su paso la capa de hojas secas que cubría el suelo. Había salido del recinto para hacer una llamada telefónica, pero enseguida la había olvidado. El calor tibio del sol mezclado con el olor a humedad y a materia vegetal en descomposición que emana de la tierra con la llegada del otoño, le había hecho perder la urgencia. Dejándose llevar por una agradable sensación de melancolía, su larga y desgarbada figura avanzaba entre los árboles secos. Fue entonces cuando la vio, sentada sola en un banco del parque. Retrocedió unos pasos hasta quedar medio oculto tras unos arbustos. Aunque estaba de espaldas a él, no tuvo ninguna duda de que era Lea. Su pelo cobrizo, siempre recogido en una larga trenza, resultaba inconfundible. El corazón de David comenzó a latir a toda velocidad; había pasado semanas intentando adivinar dónde se metía durante los descansos y, por fin, lo había descubierto. Alumnos y profesores solían aprovechar ese tiempo para bajar a la cafetería, o salían a las escaleras de la entrada para fumar un cigarrillo. Todos menos ella, que desaparecía sin dejar rastro, aunque siempre regresaba puntual cuando sonaba la alarma. Lea es extraña, pensó mientras la observaba, repasando, una vez más, las razones que le impulsaban a hacer esa afirmación simple y, al mismo tiempo, irresistible; buscando en los recovecos de ese atributo la explicación a su comportamiento escurridizo, pero, sobre todo, a la atracción que sentía por ella. En primer lugar, parecía salida de ninguna parte. No tanto porque no fuera de allí o porque hiciera poco más de dos años que hubiera llegado con su familia a la ciudad, según ella misma contó escuetamente el primer día de clase, como por las respuestas esquivas que daba cuando un profesor u otra persona le preguntaba. Le hacía pensar en uno de esos fugitivos de las películas del oeste que han dejado atrás un pasado que quieren olvidar y que, por eso mismo, los persigue y los delata en cada uno de los gestos que hacen. Además, sentada sola en la primera fila, casi nunca hablaba con nadie, excepto en los momentos de actividades. No era por timidez o, desde luego, no daba esa impresión; cuando hablaba lo hacía alto y claro, con una seguridad que bien podría calificarse de aplomo, mirando al profesor como a un igual, y así tendían ellos a tratarla, al menos los que merecían la pena. No, definitivamente no era timidez, era más bien como si los demás le resultasen un estorbo y ni siquiera se molestase en ir a buscarlos. El resto de alumnos, a su vez, la ignoraban; sentían que no era del todo como ellos, interpretando que ya había cruzado «al otro lado». Los adolescentes no se interesan por los que han dejado de serlo (o que, al menos, dan esa impresión), necesitan verse reflejados, reconfortarse en la seguridad de la tribu de iguales. A

simple vista también podía pasar por la chica perfecta, la perfecta empollona; él intuía, *sabía*, que había algo más, otra cosa que se ocultaba detrás de su seriedad y corrección.

Desde el fondo de la clase, él la observaba fascinado, atraído, con la impresión de que ambos eran animales de la misma especie. También él pasaba la mayor parte del tiempo solo o con algún alumno cuya conversación era un poco menos penosa, y sabía que los otros también lo consideraban raro. Esos otros que siempre le habían parecido mundos aparte, seres lejanos e inquietantes. Siendo niño, tuvo un periodo de pesadillas recurrentes en las que jugaba con algún compañero de la escuela del que, de pronto, comenzaba a emanar una fuerza irresistible que lo absorbía, pasando a conformar una nueva unidad indiferente; de la misma forma que había visto en los dibujos animados imágenes de células uniéndose para engendrar una nueva vida. Entonces despertaba entre sudores y gritos e iba al baño para observar su reflejo y repetir su nombre, tantas veces como fuera necesario, hasta que lograba convencerse de que era él mismo y no otro quien lo miraba desde el espejo. Sus padres, preocupados, lo llevaron al psicólogo quien, al cabo de varias sesiones, concluyó que a ese niño de ojos negros e inteligentes no le ocurría nada.

—Su hijo es un niño sensible, con una gran imaginación y un mundo interior muy desarrollado. Simplemente disfruta estando solo.

David recordaría siempre ese instante en que las cabezas de sus padres se inclinaron hacia él para mirarlo con las cejas arqueadas y una mueca de velada aprensión en la boca, como si acabasen de escuchar que a su hijo le estaban creciendo otro par de brazos en los costados. Sentía que había hecho algo mal, sin entender muy bien qué. Deseó poder hacerse pequeño hasta desaparecer, explotando como una pompa y dejando en su lugar un halo de pequeñas partículas de agua y jabón. Por detrás de las cabezas de sus padres, vio colgados en la pared los dibujos de otros niños que habían pasado por allí antes que él, y se preguntó si ellos también habían deseado lo mismo en algún momento.

—La introversión es simplemente un rasgo de carácter —insistió el psicólogo con una amplia sonrisa tranquilizadora—, no es nada malo, no hay por qué preocuparse.

A pesar de las recomendaciones del psicólogo, a partir de ese momento redoblaron sus esfuerzos para que participara en todo tipo de actividades «sanas», al aire libre y colectivas, que pudieran corregir eso que, a sus ojos, no dejaron de ver como un vicio del carácter, una debilidad. No faltaron clases de deporte, excursiones y campamentos, de los que él volvía hastiado y con miradas cargadas de reproches, a las que ellos respondían con estupor. Incorregible. ¿Por qué no puedes ser como tus hermanos mayores? Ve a jugar con otros

niños. Por no escucharlos, él salía de casa, solo que, en lugar de ir a jugar, caminaba por las calles, inventando las historias que después contaría a sus padres; historias de aventuras tan imaginativas y bien construidas que, al llegar a casa, ellos escuchaban con la admiración del que carece totalmente de las facultades que observa brillar en el otro y, al mismo tiempo, el sentimiento íntimo de haber fracasado.

Con la llegada de la adolescencia acabaron por tirar la toalla y una profunda brecha de incompreensión mutua, convenientemente disfrazada de guerra fría intergeneracional, se abrió entre ellos. Ya no podían obligarle a nada ni lo pretendían. Ese cambio de actitud trajo calma a la vida de David, aunque ya para entonces había interiorizado que había algo defectuoso en él. Por eso, de vez en cuando, hacía incursiones controladas en la vida del grupo. Pasaba un tiempo forzándose a participar en conversaciones que, en el fondo, consideraba vacías y no le importaban nada. Cuando salía al patio del instituto, se sentía pisar un prado poblado de adolescentes en plácida actitud bovina o en agitado frenesí galliforme. Y aquello le deprimía, oh dios, cuánto le deprimía. No veía el momento de terminar el instituto, estaba seguro de que todo iría mejor cuando saliese por fin de allí. Lo que haría después ya era otro asunto, un tema sobre el que prefería no pensar, aunque no dejasen de taladrarle con él los profesores, la familia y casi cualquier adulto con el que se cruzaba, creyendo que, por el hecho de tener dieciséis años, se encontraba en la obligación de exponer su intimidad para que ésta fuera debatida en medio de la plaza como precio de las verduras. No, lo otro, lo que le aguardaba al otro lado de esa línea temporal imaginaria a partir de la cual, decían, comenzaba la vida adulta, sobre eso no tenía ni idea. Era una orilla brumosa de perfiles indistinguibles a la que él se aproximaba en mitad de la noche, atraído y al mismo tiempo empujado con violencia, en su rudimentaria barcaza de ramas secas. Y qué podía saber él, si todo lo que había aprendido hasta entonces se practicaba sobre un papel: ecuaciones, análisis de texto, gráficas, traducciones... Qué tenía que ver todo eso con la *vida*, con la vida *real*. En ella intuía un palpito, la imaginaba como la sangre viva y desordenada que, en las ocasiones más inesperadas, le bullía en el cuerpo; ese cuerpo cuyas capacidades y tamaño no habían dejado de aumentar durante los últimos años.

David era también un lector compulsivo. Antes de las vacaciones de verano, había llegado hasta sus manos *El corazón de las tinieblas*. Atrincherado en el altillo de la casa de sus abuelos en el pueblo, lo leyó y releyó durante esas interminables horas de la tarde en las que, hasta el vuelo de las moscas, aturdidas por el calor, se vuelve torpe y pesado. En medio de la parsimonia general, el libro despertó en él una fiebre que llevó su enjuta figura a pasar esos meses de vacaciones subiendo riscos y remontando riachuelos sin más compañía que la voz

de Marlow en los oídos. En sus palabras sí que refulgía la vida en mayúsculas, con su realidad oscura y turbia, pero también vertiginosa. Ahora, medio derrumbado sobre el pupitre, bajo el zumbido eléctrico de la luz fluorescente y adormilado por la voz del profesor, ese brillo se había perdido, tornándose un resplandor lejano y sin lustre. El sentimiento pegajoso y desagradable de la apatía lo había invadido de nuevo. Se levantaba por las mañanas, iba a clase, hacía ejercicios, preparaba exámenes, cenaba junto a sus padres que conversaban sobre asuntos del negocio o comentaban algún chisme, aunque la mayor parte del tiempo lo hacía solo, pues sus padres estaban siempre atrapados en un sinfín de actividades sociales, y volvía a la cama. Qué absurda e informe le resultaba esa existencia. Muy a menudo tenía la impresión de estar esperando algo, algo que no llegaba nunca y de cuya forma no tenía la más remota idea. Como remedio, se refugiaba en la soledad de su habitación; pasaba las tardes leyendo o escuchando música y escribiendo sus pensamientos en largas cartas sin destinatario que ritualmente sacrificaba al fuego, como había leído que hacían los hindúes con los cadáveres. Llenaba la bañera, donde se sumergía hasta que solo quedaban fuera la cabeza y las manos, además de las huesudas rodillas, irreductibles por la longitud de sus piernas; después, con un mechero, hacía arder los papeles, contemplando cómo las cenizas caían al agua, con la que se mezclaban y disolvían. Sus pensamientos, sus palabras se elevaban en llamas que se volvían humo, nada. Por fin, se hundía enteramente, cerrando los ojos y reteniendo el aire hasta el límite de sus fuerzas. En la oscuridad absoluta, acuciada por la falta de oxígeno, se imaginaba a sí mismo sin vida, en el fondo de aquella bañera, con los ojos desorbitados y las pupilas inmóviles. Esa visión, la de su propio cuerpo muerto le proporcionaba alivio pasajero. En las ocasiones en que la desesperanza se tornaba casi insoportable, colocaba sobre el borde, frente a él, una cuchilla de afeitar y dejaba pasar los minutos, mirándola, adelantando el instante en el que la carne se abriese, tiñendo el agua, vaciándose suavemente en ese pequeño cosmos oscurecido de vaho y silencio acuático. Después imaginaba a sus padres entrando a trompicones en el baño, los llantos, los lamentos, la ropa de la madre húmeda por la sangre del hijo; y al agravio del drama se le sumaba la secreta satisfacción de la venganza. Sentía que un mal había sido cometido contra él, provocándole una necesidad de resarcimiento que pagaba con esos dos personajes, para él absurdos, que llamaba padres. Cuando el arrebato pasaba, lo recogía todo, devolviendo la cuchilla a su lugar y salía para encerrarse de nuevo en su cuarto.

Al darse cuenta de que ya llevaba un buen rato como un mirón detrás de unos arbustos, se dijo que tenía que hacerlo. Mil veces había decidido acercarse a ella en clase y mil veces había

desistido. No soportaba la idea de que los otros los observasen, que cuchicheasen a sus espaldas, o peor aún, que alguno hiciera una bromita de esas estúpidas que los hacían relinchar de risa. Esta era la ocasión perfecta y se le presentaba en bandeja, tenía, *debía* aprovecharla. Si, como era lo más seguro, ella lo rechazaba, al menos su humillación no dejaría testigos.

Tras unos segundos de vacilación y cargándose de ánimos, fue a sentarse en el banco junto a Lea. Frente a ellos, el viento levantaba pequeños torbellinos de tierra y hojas, que ambos contemplaron, sentados el uno junto al otro sin mirarse. Así pasaron varios minutos, que David contó a través del bombeo desbocado e infatigable de su sangre. El banco parecía haberse vuelto de piedra, clavándose en lo poco que tenía de carne hasta llegar a sus huesos, que él sentía más largos y pesados que nunca. Por momentos, trataba de contener la respiración, para que ella no notase lo agitado que estaba, incluso si a esas alturas ya estaba convencido de que Lea lo sabía. Estaba haciendo el ridículo, ¿acaso no era evidente que lo estaba ignorando como hacía con los demás? Pero justo en ese momento, cuando estaba a punto de levantarse...